



## *Un arte para reconquistar el orgullo*

Élmer Mendoza

La faldas de corbatas cosidas por su madre, en las tortillas de maíz y la sopa de pollo, en el arroz, en el gesto adusto de su progenitora que no se oscureció ni en los sueños. Intentaba tocarlo mientras tomaba conciencia de que vivía arriba, más allá del río San Juan de Dios, en el barrio El Alacrán, y al parecer era diferente de los que habitaban la otra margen, más allá del mercado. Lo buscó en las teclas de la máquina de escribir de su padre, en una camisa verde que le encantaba, en los juguetes que no tenía. A los doce años descubrió que podía pintar, que quería pintar y se lo tomó en serio a los trece. A los quince fue a la Escuela de Artes donde permaneció seis meses, suficientes para convencerse de que nada tenía qué hacer entre tantos reglamentos; sin embargo, allí encontró una puerta, a Nietzsche, a Jean Paul Sartre y descubrió que el paraíso tiene nombre de mujer.

Ismael Vargas libera el tiempo en ideas que se entrelazan como el viento y el aire. Cómo un solo de Jeff Beck firme en el sitio dejado por Eric Clapton en The Yardbirds, consciente de que la racionalidad en nuestro tiempo es una asignatura pendiente.

La cruz es uno de los símbolos eternos de la cultura occidental, ocupa los sueños más dulces, las protestas más álgidas y algunos fantasmas terribles. Sirve también para crucifixiones y ensanchar el cuello. En este caso, el artista la dota de una expresión de catacumba luminosa donde las cajas torácicas indican una colectividad igualitaria y fraterna hasta el final, sólidamente unida en ese emblema cuyo nombre todos conocen; junto a lo escalofriante, se percibe cierta pureza, sin duda una intención conminativa del artista. Cruz de octubre no se olvida. La cruz de Cristos crucificados, mantiene el sentido colectivo, sin embargo, el demiurgo exacerba su poder de tal suerte que poco se interesa por multiplicar panes o mejorar el vino, le parece más interesante multiplicar a Cristo, barroco y minimalista como cualquier humano, y envolverlo en un Quetzalcóatl de hierro muy próximo a la incandescencia. Sin duda, una pieza desafiante. Vargas desarrolla una estética de lo agudo, suave e inteligente, con una carga de provocación que es difícil ignorar. Elementos con los que convivimos toda nuestra vida y que definen ciudades, naciones y cierta poesía, emergen de su obra como un borbollón de razones que muchas veces tememos enfrentar. No es difícil encontrar acomodo emocional en estos ensambles que sacuden neuronas y sentimientos, que generan un resplandor que Vargas regula desde su espacio de esmerado paint joker.

Ismael Vargas nació en Guadalajara, Jalisco, en 1947, año en que la zozobra cambió de domicilio. Quería pintar, ser artista, ¿cómo se convierte alguien de El Alacrán en pintor? Una tarde visitó a un amigo que vivía en una azotea. Mientras lo esperaba, notó que el atardecer se concentraba en sus retinas, que la música era una sola nota y se quedó quieto, transpirando como alazán cuarto de milla; entonces una voz descompuso la luz en catorce colores y llenó sus oídos y sus ojos: lo incitaba a soñar despierto, a ser tremadamente práctico y sacar al artista que traía dentro. Percibió un mar que tenía que abrir y se puso de pie, temblaba; a pesar de que había anochecido notó que su sombra era larga y misteriosa como una calle sin gatos. Como un poema del sur.

Su padre reiteradamente le había ofrecido apoyo y lo aceptó. ¿Qué papel jugaría el tiempo y el azar en su vida? Ya lo descubriría. Aquí me siento a cantar igual que en las noches largas, versos que le compusieron al pintor Ismael Vargas.

Sus sarcófagos son equipajes para el más elemental de los viajes, donde el vestuario puede ser sencillo, aunque el dorado es el conducto más directo y disimula el rojo de las partidas inminentes. La muerte es un tema significativo en la cultura mexicana y Vargas la relaciona con toda clase de sueños lejanos y faraónicos. Es un destino manifiesto en el que el valor más notable es la unidad. Juntos o revueltos, poco importa si se es parte de un todo. El pintor, se desliza en una estética acotada donde su idea creadora adquiere fineza y demuestra que la vida es un manojo de puntos cardinales atados con acciones poco casuales. Un cráneo para un lado y el otro hacia el amanecer. Un símbolo de una realidad cada vez más previsible y desalentadora. Es un pintor paciente y un maestro en la estructura que se manifiesta en textura. Un experto en vestir el aliento, en indagar el lado sensible de los objetos. Su color favorito es el amarillo, que es el color del realismo mágico, y de los campos de cempaxúchitl, que es su flor favorita.

En los años sesenta del siglo XX, joven e inquieto, viajó constantemente a la ciudad de México donde asistía a la ópera, al cine, a conciertos y pasaba horas viendo exposiciones. Todos los años deberían ser bisiestos. Años de abrirse a un mundo en movimiento. Era autodidacta y entendió que la base de esa actitud es la disciplina. Cada día, mientras descubría a los otros, se descubría a sí mismo. Descifró en la artesanía elementos que satisfacían parte de su idea sobre qué utilizar en su obra sin ser antropológico. Es así como sus piezas se llenan de señales, donde la abstracción pura se autofagocita para dar paso a un estilo lúdico donde lo turbio es una línea de pensamiento y lo sagaz una escalera al cielo. Vargas consigue figuraciones con elementos definidos como pequeños objetos fabricados por artesanos de todo el país. Células que en sus manos adquieren una nueva energía y una significación abierta. Cuando le encargan la primera serie, acompañado de Judith Gutiérrez Moscoso y la música de Pink Floyd, recorrió el país en un Volkswagen perla buscando artesanías y conociendo una nación que se bebe, se come y se pinta sola. Ah, qué bien la pasó, había leído Pedro Páramo a los diecisiete y descubrió que cada quien anda en busca de su Comala.

Las pistolas fueron inventadas por Sex Pistols el año que Ismael Vargas regresó de Ecuador para reencontrarse con sus raíces. Tiro al blanco es deporte olímpico. Tiro al pianista es una aberración. En su estancia de seis años en ese país se reencontró con la pintura, dado que poco pudo trabajar texturas por la falta de artesanías que encajaran en la dinámica de sus proyectos y hace poco, las pistolas lo encontraron muy campante en su domicilio y se metieron sin estar invitadas. Las armas son tentaciones inconfesables. La manera en que Vargas las convierte en piezas es una celebración, una venganza muy osada. Son objetos petrificados, bastante útiles para convocar al pensamiento humanista de que una época no debería estar tan manchada de negro.

Quien ha empuñado una pistola algo sabe de ese poder difícil de explicar, pero quien ha tenido el cañón entre sus ojos sabe que rezar a veces es una buena opción. El pintor susurra, dice, grita con su voz almidonada que una pistola y un féretro son la misma cosa. Que en efecto la vida no valdrá nada mientras no sea lo máspreciado para todos.

Una noche encontré a Ismael Vargas en una cúpula. Era una casa inmensa, una casa museo en una montaña sagrada. Supe que era él porque se respiraba libertad y era imposible no volver la vista a esa pared tan parecida al cielo de su infancia, cuando escuchaba a Edith Piaff en un radio Zénit de onda corta y le intrigaba un poco la voz del amo. El Alacrán es un barrio donde nacen todos los sonidos y los aromas. Creció, su arte le exigía otras miradas y se mudó a una sonrisa subyugante y a unos brazos fuertes que sabían de pinceles y embragues. Judith llenó su vida de armonía con todo el tiempo para la creatividad y el amor, y por si fuera poco, se extasió con Silvana Mangano, Sophia Loren y Brigitte Bardot que contribuyeron a precisar su definición de lo bello. Ese celo que es El David redivivo, recoge un mito e impone el dinamismo de la perfección, pero su fuerza es la belleza. Michelangelo e Ismael brindan una vez por semana en el Gato Verde, hablan de transiciones y labios pudorosos, y se pasan el tiempo por el arco del Triunfo. El arte es la fertilidad del mundo no digan que no.

El sarcófago de los cristos abatidos, cuya tapa es una textura con la misma figura multiplicada, es la encarnación de la angustia. El artista, lanza una señal al subconsciente del espectador que, al menos en mi caso, permanecí turbado setenta años. Cristo es inmortal porque es épico. Todas las vejaciones que sufrió, y a las que se sobrepuso, nos impresionan. Cuarenta días de ayuno e incomprendión. Es figura central y a esas figuras duele verlas dentro de un sarcófago, que podría ser el sarcófago del olvido en que lo ha puesto una sociedad que dice toda clase de barbaridades en su nombre. Vargas deja salir un juicio sumario a las religiones que se han debilitado y a los creyentes dominicales que profesan una fe extraña, lo mismo que a las jerarquías eclesiásticas cegatonas e inconsecuentes.

Lo clásico grecolatino es parte de un sincretismo que nos presenta dos columnas donde la intervención es en ambas piezas. La columna clásica resulta dotada de una calidez arrepentida, como si parte de su cuerpo fuera una página desprendida de la Iliada arrebatada por el mar. Un ente que ha viajado durante siglos e impacta soberanamente. La otra columna hace pensar en Nefertiti, en su cuerpo perfecto que no reconoció más Dios que la belleza. Ismael Vargas es un artista de imaginación desbordada y de manos hábiles. Un inventor de significados. En su taller vuelan mariposas de todos los colores y los duendes se ponen máscaras oscuras para contrarrestar el color blanco. Es posible ver sus ojos y sentir el influjo mágico y la fuerza del hombre que los concibió. Una experiencia alucinante. Conocí a Ismael Vargas un día que atrapó un salmón en el río de sus sueños. Fue cocinado y servido con una salsa que evocaba a Saturnino Herrán y a Wassily Kandinsky. Luego escalamos el monte del humor donde encontramos una posada en la que cantaba Guty Cárdenas: "Tienen tus ojos un raro encanto", y conversamos sobre las diversas técnicas de reinventarse cuando se ha perdido el rumbo. Light your fire, baby.

Ismael Vargas es un gran artista, un pintor que se ha entregado, que no admite el silencio ni el vacío, que ha pintado para todos. Su cotidaneidad gira alrededor de un sueño: una estética de la conciencia. El suyo no es un arte inocente que ignore el entorno. No es un arte para dormir. Es un arte social. Un deseo enfático de sumar. Cada pieza es un texto que el espectador debe concluir con su propio dolor o su alegría. Con sus revelaciones más íntimas. Vargas sabe que vivimos en una época y en un país donde somos víctimas propiciatorias, donde la injusticia tiene nombre propio y la desesperanza parece haber penetrado todas las ventanas.

El arte de Ismael Vargas, es para reconquistar el orgullo, para superar los pésimos tiempos, la duda mediática, la mediocridad. Es para pensar que es posible diseñar un futuro más habitable y más justo, sobre todo por las posibilidades de estar unidos y en armonía. Por estos días, Ismael Vargas se ha detenido a observar el luminoso azul mar de Mazatlán en el que ondean ráfagas de nombres, y donde el suyo, es el único que flota sin bronca, ¿apoco no?





## *Art for reconquering pride*

Élmer Mendoza

The question he asked himself daily as a child was: can I create my own paradise? He imagined it in the faces of his sisters, dressed in skirts made out of neckties sewn together by their mother, in the corn tortillas and chicken soup, in rice, in the austere gesture of his ancestor that did not darken, even in dreams. He tried to touch this paradise realizing that it lived higher up, beyond the San Juan de Dios River, in the El Alacrán neighborhood, and that it seemed different from those who lived on the other side, beyond the market. He searched for it in the keys of his father's typewriter, in the green shirt that he loved, in the toys that he did not have. At 12 years old he discovered that he could paint – that he wanted to paint – and he took it up in earnest at 13 years of age. At 15 he attended the Art School where he stayed for six months, long enough to be convinced that there was nothing for him in the midst of so many rules. Nevertheless, there he found a door to Nietzsche and Jean-Paul Sartre and discovered that paradise is named after a woman.

Ismael Vargas releases time through ideas that interweave like wind and air. Like a Jeff Beck solo fixed in the place left by Eric Clapton in The Yardbirds, conscious that rationality in our time is an ever-pending subject.

The cross is an eternal symbol of Western culture. It dwells in the sweetest dreams, occupies the most divisive protests and inhabits a few terrible ghosts. It also serves for crucifixions and for loosening the collar. In this case, the artist imbues in it the aura of a luminous catacomb where thoracic cages symbolize an egalitarian and fraternal collectivity to the very end, solidly united in this emblem whose name is familiar to all. Together with the horrifying, a certain purity is perceived, without a doubt inferring a vengeful intention on the part of the artist. The cross of the second of October will not be forgotten. The cross of crucified Christs conveys an unending collective feeling. Nevertheless, the ingenious portrayal of such unrelenting power is such that little interest is taken in multiplying bread or refining wine, because it is more interesting to multiply Christ, both baroque and minimalist (like any human), wrapped up in an iron Quetzalcóatl and close to incandescence. Without a doubt, a defiant piece.

Vargas develops an esthetic of the severe, smooth and intelligent, loaded with provocation that is hard to ignore. The elements that we live with all our lives and that define cities, nations and certain kinds of poetry emerge from his work like a spring of reasons gushing forth, so that many times, we are afraid to face up to what it conveys. It is not difficult to find emotional comfort in these ensembles that shake up our neurons and involve feelings that create a spotlight that Vargas regulates from his place as a painstaking artistic joker.

Ismael Vargas was born in Guadalajara, Jalisco in 1947, the year that unease changed addresses. He wanted to paint, to be an artist, but how can someone from El Alacrán become a painter? One afternoon he visited a friend who lived on a roof. While he waited, he noticed that dusk was focused in his retinas, that music was a single note, and he remained still,

perspiring like a chestnut Quarter horse. Then a voice split the light into 14 colors and filled his eyes and ears: it prompted him to dream while awake, to be tremendously practical and to summon the artist inside of him. He sensed a sea about to open and he stood up, trembling, and even though night had fallen, he noticed that his shadow was long and as mysterious as a street with no cats. Like a poem from the south.

His father had repeatedly offered him support and now he accepted it. What role would time and chance play in his life? He would find out. And here I sit down the same way to sing on long nights, verses that were composed for the painter Ismael Vargas.

His sarcophagi are his accouterments for the most fundamental of journeys, where the wardrobe could be simple, even though gold is the most direct channel and conceals the red of impending departures. Death is a significant theme in Mexican culture and Vargas relates it to all kinds of distant, cosmic dreams. It is a manifest destiny where the most notable value is unity. Together, mixed, it is not important if it is all part of a whole. The painter glides on an enclosed esthetic where his creative idea acquires refinement, demonstrating that life is a series of cardinal points tied to actions that less and less seem to happen by chance. A skull looking to one side and then the other toward the dawn. A symbol of a reality that is more and more foreseeable and foreboding. He is a patient painter and a master of the structure that is manifested through texture, an expert in clothing inspiration, in investigating the sensitive side of objects. His favorite color is yellow, the color of magical realism and of the yellow marigold fields, his favorite flower.

In the 1970s, young and restless, Vargas travelled constantly to Mexico City where he attended the opera, movie theaters and concerts and spent hours at expositions. If only every year were a leap year; years of opening to a world in movement. Vargas was self-taught and understood that the foundation for this attitude is discipline. Every day, while he discovered other people, he also discovered himself. He decoded elements in art that satisfied part of his ideas about what to use in his own work without taking an anthropological perspective. This is how his pieces came to be filled with signs, where pure abstract ideas are self absorbed and give way to a playful style where the obscure evolves into a line of thought and what is astute becomes a stairway to heaven.

Vargas achieves figurations with defined elements such as tiny objects created by artisans from all over the country. They are cells in his hands that take on new energy and whose significance is open to interpretation. When he received his first series consignment, he joined Judith Gutiérrez Moscoso and accompanied by the music of Pink Floyd travelled the country in a pearl colored Volkswagen looking for handcrafted art and getting to know a nation that drinks, eats and paints alone. What a great time he had, having read Pedro Páramo at 17 and discovering that everyone is in search of their Comala.

*Pistols were invented by the Sex Pistols the year that Ismael Vargas returned from Ecuador to be reunited with his roots. Target shooting is an Olympic sport. But targeting the pianist is a departure from the norm. In his six-year stay in that country he discovered painting again, given that he could not weave textures and structures due to the lack of handcrafted art that fit into the dynamic of his projects. Pistols had also found him in his home, acting as if nothing had happened and had come in, uninvited.*

*Weapons are unforgettable temptations. The way that Vargas turns them into pieces of art is a celebration, a daring vengeance. They are petrified objects, particularly useful for stimulating humanistic thoughts in an age that should not be so stained with black. Whoever has brandished a pistol knows of this power; it is hard to explain, but whoever has had a canon between their eyes knows that saying a few prayers is a good idea. The painter whispers, says, screams with his stilted voice that a pistol and a coffin are the same thing. That in effect, life is not worth anything unless it is the most valuable thing for everyone.*

*One night I found Ismael Vargas in the cupola of an immense house, a sort of house-museum situated on a sacred mountain. I knew it was him because he breathed freedom and it was impossible not to have your sights drawn to that wall that so resembled the ceiling of his childhood, when he listened to Edith Piaf on a short wave Zenit radio, and was intrigued a little by the virtuoso's voice. El Alacrán is a neighborhood where all sounds and smells are born. He grew, and his art demanded other views and thus he became captivated by the charming smile and strong arms that knew about paintbrushes and how to hold them. Judith filled his life with harmony with all the time in the world for creativity and love, and if that weren't enough, he became entranced with Silvana Mangano, Sophia Loren and Brigitte Bardot, all of whom contributed to his definition of beauty. This binding force that is David risen from the dead, can pick up a myth and impose the energy for perfection, but its strength is beauty. Michelangelo and Ismael toast once a week at the Gato Verde bar in Guadalajara. They talk of transitions and chaste lips, and pass the time by the Arc de Triomphe. Art is the fertility of the world, and to say otherwise would not be true.*

*The sarcophagus of the dispirited Christs, whose top is a structure with the same figure multiplied, is the incarnation of anguish. The artist beams a signal to the spectator's subconscious that, at least in my case, remained blurred for seventy years. Christ is immortal because he is epic. All the humiliation that he suffered, along with what he overcame, impresses us. Forty days of fasting and a lack of understanding. He is a central figure and it hurts to see him inside a sarcophagus that could be the coffer of obscurity where society has put him, saying all sorts of atrocities in his name. Vargas messages a brief judgment to religions that have been weakened, and to Sunday believers who profess a strange faith, the same as the blind, inconsistent ecclesiastical hierarchies.*

*Classical Greco-Latin culture is part of a syncretism that presents two columns to us where intervention is on both sides. The classic column turns out to be endowed with a repentant warmth, as if part of its body were a page taken out of the Iliad, snatched by the sea. A being that has travelled for centuries and has a supreme impact. The other column makes us think of Nefertiti, in her perfect body that knew no other God but beauty. Ismael Vargas is an artist with an overflowing imagination and skillful hands; an inventor of meaning. In his workshop butterflies of all colors fly about and elves wear dark masks to offset the color white. It is possible to see his eyes and feel the magical influence and strength of the man that conceived them. It is a hallucinogenic experience.*

*I met Ismael Vargas on a day when he caught a salmon in the river of his dreams. It was prepared and served with a salsa that evoked Saturnino Herrán and Wassily Kandinsky. After we scaled the mountain of humor, we found a feast where Guy Cárdenas was singing, "Your eyes have a rare charm," and we talked about the many techniques for reinventing yourself when you have lost your way. Light your fire, baby.*

*Ismael Vargas is an extraordinary artist, a painter who has given himself over, who does not accept silence or emptiness, a painter who has painted for everyone. His daily life revolves around a dream: an esthetic of awareness. His art is not an innocent pastime that ignores the environment around it. It is not an art to fall asleep to. It is social art, an emphatic desire to amplify. Each piece is a text that the spectator must conclude with their own pain or joy and their most intimate revelations. Vargas knows that we live in a time and a country where we are our own propitiatory victims, where injustice has its own name and despair seems to have penetrated every opening. The art of Ismael Vargas is for reconquering pride, for overcoming terrible times, doubt from the media, mediocrity. It is for thinking that it is possible to design a future that is more just and more habitable, above all for the possibility of being together and in harmony. These days, Ismael Vargas has stopped to observe the luminous blue ocean of Mazatlán, where rippling waves illuminate names in the water and where his own is the only one floating at ease, is it not?*